

Introducción

Introduction

Francisco Valdés-Ugalde*



Dossier
Democracia y desigualdad

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial
(CC BY-NC) 4.0 Internacional

Perfiles Latinoamericanos, 33(65) | 2025 | e-ISSN: 2309-4982

DOI: dx.doi.org/10.18504/pl3365-001-2025

Recibido: 18 de abril de 2024

Aceptado: 30 de agosto de 2024

Roma no se construyó en un día. La democracia es vieja y aun así ha experimentado flujos y reflujos a través de las diversas “olas” en las que avanza o retrocede. Estamos ahora en un momento que pareciera ser una encrucijada. El calendario democrático ha retrocedido al final de la década de 1980. Las primaveras democráticas no parecen evolucionar hacia la plenitud de sus frutos, sino que se saltan a los inviernos del autoritarismo.

Pareciera que a medida que se delinea más claramente el reordenamiento post Guerra Fría de los grandes poderes globales se cierne un cerco autoritario que va dejando a Europa Occidental, Norteamérica y partes de América Latina —cada uno a su vez con zonas grises— como maltrechos bastiones democráticos en los que la resiliencia podría ser mayor. Esta es una hipótesis a prueba. Sin embargo, debemos recordar que las fuerzas autoritarias anidan en los sistemas democráticos. El nacionalismo autoritario campea en Europa y en Estados Unidos, y en América Latina asume perfiles grotescos. Algunas de esas fuerzas plantean la restricción de libertades como respuesta a las amenazas que representan los efectos de la globalización: desequilibrios competitivos, migración del Sur al Norte, déficit de eficacia directiva de los gobiernos y pérdida del sentido de gobernanza democrática. China vende la idea de que es posible un sistema político cerrado que mantenga el crecimiento y reduzca el malestar de las poblaciones sin la molestia de la competencia política y las dificultades de la

* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y profesor de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede México (Flacso México) | francisco.valdes@unam.mx | <https://orcid.org/0000-0002-4633-7261>

deliberación pública. Rusia ofrece un sistema vertical con elecciones periódicas sin competencia y se escuda en la defensa de una cultura propia que, a decir de los dirigentes, no necesita de los valores democráticos. Otrora aliados improbables, hoy se presentan como una muralla que combina la diplomacia del plomo y el bambú como escudos de su reserva imperial. Se les ha unido Irán, donde domina una teocracia islámica. Por ahora, los tres sistemas son impermeables a los impulsos democráticos de sus sociedades. El autoritarismo se ofrece ya como producto en el mercado político mundial y no falta quienes lo compren.

Por ello y mucho más podemos preguntarnos por los faltantes. ¿Qué les falta a las democracias en América Latina que dan síntomas de insatisfacción, inestabilidad y polarización? Si consideramos el origen que nuestras democracias tienen en las dictaduras y los autoritarismos que abrumaban al subcontinente hasta los años ochenta del siglo xx, en América Latina el vaso está medio lleno, pero la percepción general se inclina cada vez más a fijarse en la mitad vacía. La opinión se decanta alarmantemente por gobiernos “no democráticos pero eficaces”, según las tendencias registradas en diversas encuestas. Según Latino-barómetro (2024),¹ en diecisiete países latinoamericanos más de la mitad de la población prefiere un gobierno no democrático a uno democrático si eso significa que se “resolverán los problemas”.

La democracia “no resuelve problemas” es la acusación mayoritaria. La capacidad directiva de los Estados está en cuestión, mientras que en los regímenes políticos los conflictos brillan por su resonancia, pero con rendimientos decrecientes a la hora de tomar decisiones para gobernar. Una recapitulación de la agenda democrática y democratizadora es imperativa en los países al sur del río Bravo. Si bien logramos una hazaña que hace cuarenta años era más que utópica, hoy se han acumulado problemas, unos no vistos, otros poco o mal entendidos y otros descuidados o minimizados.

Las personalidades importan. No nos referimos únicamente a las personas que acuñan la política, que también importan, sino al talante de épocas y lugares. América Latina tiene la marca de estar en la medianía del mundo. La mediocridad nos acompaña. No demasiado alejada del desarrollo y la modernidad, no tan alejada del atraso y la incivilidad, Latinoamérica es recalcitrante en sus lastres y no termina por explotar sus virtudes. Uno de nuestros clásicos, Guillermo O'Donnell, puso el dedo en la llaga al identificar a las latinoamericanas como “ciudadanías de baja intensidad”. Tenemos sociedades con grandes desigualdades (las más pronunciadas del planeta) y sistemas de administración pública sumergidos en la pobreza gerencial, con capacidades reducidas y presupuestos raquíticos. En la región reverdecen los rasgos patrimonialistas de las

¹ Corporación Latinobarómetro. (2024). *Informe 2023. La recesión democrática en América Latina*.

antiguas sociedades precolombinas y del mestizaje ibérico. Esa prolongación del absolutismo aún se refleja en las características de nuestros sistemas socioeconómicos y se traslada al ejercicio del poder político. La concentración de la riqueza muestra en América Latina una de sus peores caras, quedando muy por encima del promedio mundial en desigualdad entre los que más y los que menos tienen. Los gobiernos redistribuyen miserias en comparación con el cierre de la brecha entre el ingreso de mercado y el ingreso posterior a la redistribución vía transferencias que distingue a los países capitalistas avanzados.

En el horizonte de las desdemocratizaciones (como las denominó Charles Tilly), el factor cultural se vuelve decisivo. Pasada la novedad de las transiciones, el desarrollo democrático reclama más que elecciones y partidos políticos. Exige Estado de derecho, confianza interpersonal, instituciones impersonales, equidad, probidad de la función pública, diálogo estrecho entre representantes y representados, participación ciudadana agresiva. Requiere también sociedades menos sujetas a las necesidades extremas —una marca que no se desvanece— y más capaces de ejercer la libertad; es decir, tener deseos que satisfacer apartados de la abrumadora penuria de vencer la incertidumbre de la sobrevivencia del día. Muchas de estas condiciones en diferentes grados y formas están ausentes, en construcción o en jaque en muchos países latinoamericanos. Hay déficit de “comunidades políticas” capaces de procurarse los mínimos necesarios de estas virtudes ciudadanas llegada la hora de ejercer el poder. En el entorno global, la infancia latinoamericana en los valores de Occidente es salpimentada de las tentaciones autoritarias de Estados lejanos pero atractivos como espejismos. ¿Podemos imaginar en culturas predominantemente católicas secularizadas el modelo político chino sin su confucianismo o el autoritarismo ruso sin la carga medieval de las culturas eslavas orientales? Suena por lo menos caótico y, sin embargo, no falta quienes acaricien sus afinidades con las culturas supuestamente “profundas” de nuestra América.

En un subcontinente con indicadores de medianía democrática sobresalen las brechas entre las aspiraciones trascendentes de la herencia católica y la deuda confesional que nos hace aparecer en todos los índices por debajo de las realizaciones efectivas. Nada más decididor de esta doble personalidad que la adhesión generalizada a las convenciones y tratados de derechos humanos y, a la vez, la inobservancia de su defensa y satisfacción.

En el dossier que presentamos a los lectores ofrecemos tres artículos sobre aspectos muy concretos de esta vasta problemática y que desde diferentes ángulos y perspectivas giran en torno a la relación entre democracia y desigualdad en diferentes facetas. Alejandra Armesto estudia la baja representatividad que recibe la lucha contra la desigualdad por parte de los partidos políticos que dicen combatirla. Yanina Welp analiza los mecanismos de democracia directa y res-



ponde a la pregunta de por qué no ayudan a disminuir la desigualdad. Francisco Valdés-Ugalde ofrece una explicación del papel del Estado en la reproducción de la desigualdad. Cada autor presenta su estudio considerando que los problemas abordados son asignaturas pendientes de las democracias latinoamericanas. Con este dossier, *Perfiles Latinoamericanos* quiere contribuir a la investigación sobre el estado que guarda la democracia y la agenda que tiene pendiente.